

Alegría profunda, alegría sin banderolas ni canciones, levantará en nuestra España el acto de Valencia. Acoten otros diversos temas, vitales, políticos, revolucionarios, Yo tengo que volverme hacia el solitario camino que traje durante cinco años para verlo de nuevo poblado ahora de innumerables gentes. Perdón el lector esta emoción por un instante nada más, puesto que todavía queda lucha, muy dura, y no es tiempo de entregarse a débiles sentimientos retrospectivos; pero es mi camino de las escuelas el que yo veía a través de las palabras pronunciadas el domingo, en Valencia, por dos ministros de la República.

Separo aquí, una vez más, lo personal. Quedémonos con lo importante. El acto público de mayor trascendencia que han realizado las primeras figuras del nuevo régimen, después del viaje a Barcelona, ha servido para refrendar el compromiso de la República con la Enseñanza, y especialmente con la Escuela. La Enseñanza, para el Estado. La Instrucción primaria, para la Escuela nacional. «Jamás un republicano que sea digno de este nombre podrá abandonar la Escuela, el Instituto y la Universidad a nadie más que el Estado». Y estas palabras del ministro que acaba de afirmar con los hechos otro principio esencial de la República: «El Ejército, para la nación», tuvieron luego desarrollo autorizado en el discurso del señor Lerroux con la evocación del patriarca de la Escuela española. Sólo esta idea: Cossío, presidente, primer presidente de la República, vale ya tanto como proclamar una victoria. Otro camino bastante más arduo e infinitamente más glorioso que el de un visitador de escuelas. Cossío, primer presidente de la República, sería la realización de un hermoso sueño, la mejor imagen de esta misteriosa carrera de tres generaciones, en que todavía al maestro de la última puede caberle el honor de levantar la antorcha encendida por don Francisco Giner.

Nombre y cifra de más alto ideal, Cossío ha visto a qué bajezas y barrancos llegó la España de 1923. Por verla tan caída, y por no poderlo impedir, convalece hoy en un sanatorio. ¡Sean estos días grandes su mejor cura!

Por el alto valor moral de la personalidad de Cossío y por la significación de ser Lerroux quien trae a plaza su nombre, la prensa habrá destacado esta parte del acto del domingo como un suceso político nacional. No he visto—y han pasado tres días—, que se haya hecho el debido aprecio del fondo de aquella proclamación pública. Cossío representa una obra y un ideal. El nuevo régimen queda comprometido—la espontaneidad de su entusiasmo es nuestra garantía—,

Días grandes

= De Crisol, Madrid =



M. B. Cossío

Dibujo de Sánchez

La figura de Cossío

= De La Voz, Madrid =

Máxima equivocación, entre las equivocaciones múltiples de la pasada política del pasado régimen; máxima equivocación, cuyos resultados son bien palpables. Muchos errores, muchos inconvenientes. Pero de entre todas sus defectos se destacaba su aversión a la juventud española, que sabe vibrar con intensidad en los momentos cumbres de la política. La vieja política se distinguió siempre por su odio al ímpetu juvenil. La juventud encontraba cerrada las puertas a sus anhelos, y era necesario para poder sobresalir haber pasado ya casi el medio siglo. Los escasos jóvenes que llegaron eran excepción sorprendente. ¡Gran error, sí! La juventud tropezaba con los murallones políticos, con la yernocracia y con el upetismo.

En la nueva era que se inicia, la liza política del país se abre de par en par al reconocimiento de la capacidad de la juventud. Quizá una de las razones en que se basa el acierto de Francia de encontrar siempre al hombre necesario del momento sea esa amplitud de horizontes que su juventud tiene bien conquistada y bien ganada. La juventud española comienza a vivir políticamente. Comienza a sentirse en la plenitud de sus derechos ciudadanos. Los inconvenientes antiguos los va destruyendo con paciencia, con estudio y con acción.

Uno de los hombres que más han amado la juventud ha sido don Manuel Bartolomé Cossío. Su nombre venerado y su fama reconocida mundialmente mueven a la juventud al mayor respeto y a un hondo sentimiento, casi de adoración. Y es porque el maestro Cossío—¡qué bien acoplada está ante este nombre la palabra maestro!— fué el hombre que más amó a la juventud y uno de los pocos que la comprendieron. Y este amor y esta comprensión se notan siempre en el alumno predilecto del gran Giner; de este alumno singular que encontró en su camino, como hombres que dirigieran sus primeros pasos, a Salmerón y a aquellos profesores que gallardamente supieron enaltecer un período de nuestra historia. El amor de Cossío hacia la juventud ha vuelto a dar su prueba viva. Hombre modesto, que no quiere honores vanos ni admite homenajes, rechaza con modestia singular lo que con intuición política fina y segura le había insinuado el ministro de Estado del Gobierno provisional, Sr. Lerroux: La Presidencia de la República española.

Tal vez nadie mejor que Cossío para este cargo. Ninguna más adecuada ocasión para demostrar que sabemos todos lo que vale este sabio, que supo conquistar con su constante estudio y su labor pedagógica inmensa el respeto de todos, y que hizo exclamar a ilustres profesores de la Sorbona a donde asistían mentalidades de todas las naciones:

—Tiene el Sr. Cossío el tipo de un sabio griego. Sus

(Pasa a la página 77)

a coronar esa obra y a servir ese ideal. Nadie como este gran español se ha dado cuenta de cuán enormes son las proporciones de la empresa que acometemos. Y hacía falta que declararan la necesidad de emprenderla, no sólo el ministro de Instrucción, cuya fe y cuya voluntad le llevaron a alzar bandera desde el primer día, sino otros ministros representantes de la política de conjunto que seguirá la república en etapas sucesivas. El plan grande de creación de escuelas, con el objetivo más ambicioso de la «escuela única», pueden ser mucho o no ser nada; lograrse o frustrarse, según el caso que presten a las ideas, del ministro del ramo, sus compañeros de Gobierno.

¡Cuántas cosas se agolpan ahora a los puntos de la pluma, unas que deben ser dichas, otras, que por el momento, he de callar! La empresa es, en efecto, enorme. «Una obra tremenda», le explicó don Manuel Cossío a su ilustre visitante en el Sanatorio de Ginebra. Hace falta plantearla dentro del ministerio. Replantearla sobre el terreno, como las carreteras. Lanzarla a toque de clarín con declaraciones ministeriales. Apoyarla con interés, mediante la colaboración de las primeras figuras y la masa de todos los partidos republicanos. Autorizarla en plenas Cortes. Asegurar la continuidad. A las sesiones patrióticas del régimen antiguo para empollar un proyecto de escuadra, suceda la sesión patriótica en que se reconozca su lugar debido en los presupuestos del Estado a la escuela nacional. Hace falta estudiar bien esa «obra tremenda». No malgastar en ella un solo céntimo del erario. No construir dilapidando. No crear cargos inútiles. No improvisar ficciones.

Y cuando todo el plan, bien remachado, esté a punto de ejecución—¡sepanlo los señores ministros de este Gobierno y de los Gobiernos futuros!—, nada se habrá hecho si no se cuenta con los pueblos. La mitad de esa «obra tremenda» han de realizarla los pueblos. Ellos dan, no sólo el material de tierra, piedra y madera, sino el material humano. Dan el dinero, el solar, la casa; el niño, el alumno de la escuela y el adolescente, el alumno de las Normales. Empezando por las contribuciones, lo dan todo. Únicamente no pueden dar el espíritu. Esa fuerza ha de llegar a ellos, antes que por la ley ordenadora, por el sentimiento y por la palabra persuasiva. Hay que hablarles con la cordialidad que da el ingreso en una nueva era de nuestra historia. Hay que pedirles su concurso entusiasta a los pueblos como si ahora empezáramos todos a vivir. Por lo que me atañe, esto no será ir a los pueblos, sino volver.

(Pasa a la página 74)